

Representaciones del cuerpo en la autobiografía de María Rosa Oliver (1898-1977).

Marina Becerra.

Cita:

Marina Becerra (2015). *Representaciones del cuerpo en la autobiografía de María Rosa Oliver (1898-1977)*. XI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-061/1011>

Representaciones del cuerpo en la autobiografía de María Rosa Oliver (1898-1977)

Dra. Marina Becerra

Investigadora de CONICET con sede en el Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género, FFyL, UBA. Investigadora y Profesora Titular de la UNTREF.

E mail: marinabecerra0302@gmail.com

Resumen

Aquí analizo las representaciones sobre el cuerpo presentes en la autobiografía de la escritora argentina María Rosa Oliver. Los relatos autobiográficos escritos por mujeres de inicios del siglo XX nos permiten analizar las representaciones sobre distintos aspectos de la sociedad en un momento en el cual las mujeres estaban excluidas de la esfera pública y los discursos institucionales (médico, educativo, etc) re-producían la sinonimia entre lo femenino y lo maternal, naturalizándola a través de la narrativa biologicista.

La paradoja es que, a pesar de sus agudas críticas contra las injusticias producidas por el proyecto modernizador, la escritora Oliver -proveniente de la élite ilustrada- se representa a sí misma en los términos de la ideología patriarcal contra los cuales emprende incesantes luchas (antifascistas, feministas): es fiel a la ficción del individuo autónomo, burgués –despojado de corporeidad-.

A continuación analizo entonces el concepto de (auto)representación femenina, ya que es lo que articula y posibilita la escritura autobiográfica: la (re)presentación de sí misma en el tiempo y en el espacio –aún cuando esa (re)presentación *omite* las referencias corporales-. Los efectos de esa omisión (propia de la modernidad liberal) también son interrogados aquí: el silencio sobre la sexualidad pero no así sobre la sensualidad.

Palabras clave: género, autobiografía, mujeres, representación, resistencia

Para ello, me interesa pensar en las diferencias entre dos estrategias de oposición planteadas por Nelly Richard (1994): por un lado, ubica la escritura de mujeres que funciona como “vehículo” de un mensaje opositor a la cultura patriarcal –pero subsumida todavía a sus formas de representación- y la “escritura femenina” de resistencia al orden de significación dominante (patriarcal), que desafía en la **forma misma de la representación** los parámetros de la cultura dominante (Richard, 1994).

Quiero hacer una aclaración respecto de la “escritura femenina”: aquí tomo esta idea en los términos también planteados por Nelly Richard (1994). Se refiere a las formas de representación marginales y/o subordinadas, silenciadas, invisibilizadas, desde una posición de enunciación que “excede” o “falta” respecto de los términos de significación del orden establecido (masculino/dominante). Es decir, la posición “mujer” siempre estaría en falta (en relación a lo simbólico) o en exceso (en términos pulsionales) respecto de ese sujeto ideal masculino –representado como neutro, racional, universal y abstracto-.

Entonces, lo que quiero plantear ahora se podría pensar como “apostillas” a estas ideas muy trabajadas por los estudios feministas, y particularmente en los artículos de Nelly Richard (2003 y 1994). Mi hipótesis es que la escritura autobiográfica de Oliver, en determinados aspectos, estaría subsumida en los códigos (en las formas) de representación hegemónicas, y que Richard podría ubicar como mero “vehículo” de un mensaje opositor a la cultura patriarcal pero que no produciría fisuras en el sistema de significación dominante. En este sentido, Oliver plantea los “temas” de las luchas antifascistas y feministas: durante su estadía en Estados Unidos entre 1942 y 1944 como consejera cultural de la Oficina Coordinadora de Asuntos Interamericanos en Washington bajo el gobierno de Roosevelt, denuncia la especificidad de la opresión de la mujer en Estados Unidos, a partir de las intersecciones del género con otros sistemas de discriminación como el racismo, el nacionalismo y el imperialismo.

Sin embargo, creo que ese “mero vehículo” produce efectos, funciona, efectivamente, como espacio –nuevo- de disputa simbólica respecto del orden cultural hegemónico no sólo en el momento histórico en el que se ubica la narración (primeras 4 décadas del siglo XX), sino mucho más acá, en el momento de la publicación de su autobiografía (años 60 y 70’)¹. Digo que “funciona” porque creo que esos posicionamientos socio culturales que relata Oliver plantean una discontinuidad con lo “esperable” para las mujeres en general, y para las de su clase, en particular.

¹ La autobiografía de Oliver consta de tres tomos, escritos entre 1960 y 1977 y publicados respectivamente en 1965 (*Mundo, mi casa*), 1969 (*La vida cotidiana*) y 1981 (*Mi fe es el hombre*, escrito en 1977). En el primer tomo de su autobiografía Oliver recuerda –(re)construye- su infancia, su primer viaje a Europa junto a su familia desde 1909 hasta 1911, las desventuras de su enfermedad –poliomelitis, contraída a los 10 años-, sus primeras identificaciones literarias, los silencios sobre la sexualidad en su pubertad –tema tabú incluso en su familia-, su primer registro de la discriminación de clase, de género y de razas, su deslumbramiento frente al desfile de las sufragistas en Londres. En el segundo tomo, referido a su adolescencia y hasta los años 30’, Oliver refiere sus encuentros y desencuentros con diversxs intelectuales de la época, el inicio de la revista *Sur* junto a su amiga Victoria Ocampo, y la formación del grupo que daría origen a la Unión Argentina de Mujeres, entre otros temas. El tercer tomo se refiere a las posiciones de Oliver desde los años 30 en adelante, con especial énfasis en sus luchas contra el fascismo español durante la guerra civil española, y luego contra el nazismo durante la segunda guerra mundial, así como el surgimiento –impulsado por la propia Oliver- de la Junta de la Victoria.

Es decir, los matices que plantea Oliver en la disputa simbólica –aún ceñida en la forma canónica de representar(se) para las mujeres- sí producen diferencias, discontinuidades, aunque no se trate de formas “radicales” de ruptura. Creo que reducir la cuestión a dos posibilidades (escritura como “vehículo” de temas feministas vs. escritura vanguardista, que discute las formas mismas de la representación) tira por la borda muy rápidamente los múltiples puentes y desajustes que pueden existir entre una posición más radical (plantada por Richard como deseable y válida), y otras más matizadas, como es la de Oliver.

Uno de los aspectos en los que Oliver subvierte efectivamente los códigos de significación es en su representación de lo público y lo privado. Ahí la escritora se desmarca de su filiación liberal iluminista –que es determinante en su posición de enunciación, como veremos en seguida, y también, por extensión, respecto de su representación del cuerpo-, pues ambos términos aparecen implicados constantemente uno en el otro (lo público en lo privado y viceversa). En seguida vuelvo sobre este punto, pero antes quiero hacer una aclaración (tal vez) “metodológica” sobre estas ideas de Richard, profundamente inspiradoras, evidentemente. Creo que hay un momento en el que los discursos críticos empiezan a plantear qué es “lo deseable”, es decir, en este caso, ante la pregunta sobre si es posible una escritura femenina, Richard dirá que sí, pero “no debe quedar atrapada en los códigos de representación de la cultura patriarcal, debe desfasarse en términos de la forma misma, sino no es verdaderamente un discurso crítico”. Creo que en esos momentos, la potencia disruptora del análisis, la potencia crítica, siguiendo a la misma Richard, decae, se congela en un “deber ser” imperativo que enfría, solidifica y enmudece todos los impulsos potencialmente críticos, provenientes de diversos gestos. Ese “deber ser” actúa, otra vez, como ley obturante, como cierre.

Formas de la Resistencia y somatofobia

En la autobiografía de Oliver se ven estos matices, esta “indecisión”, podríamos decir, aunque eso implicaría la suposición de un sujeto plenamente conciente de su discurso, que asumiría racionalmente una posición, entre las opciones posibles, una ontología cartesiana. No es esa mi perspectiva de análisis. Siguiendo a Barthes en su crítica al sujeto “pleno”, y “pensante” de la filosofía idealista, se puede pensar que de algún modo, en la autobiografía de Oliver hay un intento casi explícito de suturar una falta, de explicar(se) a través de la producción de una identidad que no existe previamente:

“De estas dos guerras [guerra civil española y 2da guerra mundial], la que más gravitó en mí fue la de España, porque en ella se jugaban con mayor evidencia y de manera más directa las convicciones que

me identificaban ante mí misma. No sé cuándo empecé a tenerlas, si es que alguna vez no las tuve. Recuerdo, en cambio, los trechos de mi prolongada postadolescencia en que, para estar a tono con mi ambiente social y gozar de sus halagos, traté de relegarlas muy al fondo de mi conciencia. Latentes ahí, bastaba cualquier estímulo exterior para que afloraran a la superficie con tal fuerza que las sentía como los verdaderos, quizás únicos, resortes de mi vida.” (Oliver, 2008: 57)

Como señala Paul de Man (1991) a través de la figura retórica de la prosopopeya, la escritura de la autobiografía viene a dar un sentido a algo que no lo tiene previamente. Y frente a ese vacío de sentido, nos dice Althusser, se ponen en acción ciertos rituales. En este sentido, se podría pensar también a la autobiografía como ritual de (auto)reconocimiento ideológico. O, en términos más actuales, se podría interpretar como uno de los rituales que nos garantizan determinada identidad – representada como estable, única-, siguiendo la conceptualización de Judith Butler.

Creo que Oliver escribe desde una posición de enunciación tradicional en términos de los parámetros establecidos para el género (autobiográfico y de mujeres), esto es, por un lado, escribe sus memorias, incluyendo toda la atmósfera sentimental y doméstica que “debe” incluir una escritora mujer. Pero en este mismo punto hay un deslizamiento nodal, que es el que mencioné anteriormente: hay una yuxtaposición permanente entre aspectos de lo que la ideología hegemónica patriarcal considera propio de la esfera pública, con aquellos considerados socialmente como propios de la esfera privada. Esa yuxtaposición es en sí misma un cuestionamiento de cierta forma tradicional de representar(se) la propia vida. Y también, por supuesto, es un cuestionamiento de una de las bases de la ideología binaria que establece los estereotipos clásicos del patriarcado (femenino/privado/naturaleza vs. masculino/público/razón).

Un ejemplo son los títulos de los primeros dos tomos de su autobiografía: *Mundo, mi casa*, y *La vida cotidiana*. Su mundo excede la casa, y a la vez, la casa incluye al mundo, quizá un modo particular de decir que lo personal es político (es interesante señalar que ese tomo de su autobiografía, que es el primero, fue publicado en 1965). Y la vida cotidiana es el encuentro y el armado de redes culturales.

Sin embargo, hay dos aspectos centrales en los que Oliver queda inscripta en los cánones de legitimación dominantes en su época para la escritura autobiográfica de mujeres.

En primer término, el problema de la representación del cuerpo, que se sustenta en determinada representación del “sujeto” en términos “universales”. Como en el caso de su coetánea Simone de Beauvoir, quien en uno de sus textos considerados más autobiográficos – *Los Mandarines*– –salvando las distancias, que en este caso son abismos, particularmente

porque la francesa escribe *Los Mandarines* como un texto de ficción, mientras que Oliver escribe su autobiografía con pretensiones realistas explícitas- tampoco hace alusiones a su propio cuerpo. Feministas ambas, ilustradas, militantes pacifistas, en un gesto clásico de la estructuración masculina del sujeto enunciator “neutro”, escriben “despojadas” de su corporeidad, situándose “más allá” del mundo concreto de las necesidades corporales, desde la más “pura” y “abstracta” racionalidad. En el caso de Beauvoir la situación es particularmente paradójica, porque en su ensayo *El Segundo Sexo* problematiza precisamente la construcción esencialista que se hace del tema del cuerpo y del “ser” mujer, postulando en cambio la posibilidad del “devenir” mujer en un “existir” el propio cuerpo como proyecto de autonomía².

Sin embargo, en ambas obras (la autobiografía de Oliver y *Los Mandarines* de Beauvoir) hay una trama sensual que recorre la escritura, e incluso hay una tensión que no es la del relato de acontecimientos o hechos, sino precisamente la de la sensualidad. Con sensualidad me refiero a que hay una permanente apelación a las múltiples sensaciones (olfativas, gustativas, táctiles, etc) que les produce el encuentro con lxs otrxs y con los paisajes del mundo. De algún modo, es como si, en estas obras, estas escritoras feministas se “autorizaran” para escribir desde y sobre la sensualidad, pero no así sobre el erotismo (posible) de sus propios cuerpos. Según Butler “aunque en ocasiones [Beauvoir] parece adherirse a una concepción de la autoridad modelada sobre la transcendencia desencarnada de la conciencia, su crítica de esta perspectiva desencarnada sugiere que en su teoría funciona implícitamente otra versión de la autonomía.” (1996: 311),

Interpretando a Butler (que traduce a Beauvoir, que radicaliza el sartreano “existir” el propio cuerpo), se podría decir que en efecto, por momentos Beauvoir sucumbe al cartesianismo pretendidamente incorpóreo de la autoridad masculina (en *Los Mandarines* y también en *La invitada*), aunque, en sus formulaciones teóricas (*El Segundo Sexo*) “se rescata”, empezando por rescatar el propio cuerpo, su propia voz, y propone una alternativa frente al binarismo liberal de lo masculino/descorporizado/racional/intelectual vs. lo femenino/corporal/natural/sentimental: el cuerpo como situación: “El cuerpo se convierte en un nexo peculiar de cultura y elección, y “existir” el propio cuerpo se convierte en una forma personal de asumir y reinterpretar las normas de género recibidas.” (Butler, 1996: 312).³

² Un análisis minucioso de la compleja elaboración sobre el cuerpo que hace Simone de Beauvoir “radicalizando” la posición sartreana, se puede ver en Butler (1996).

³ Un dato que complejiza aún más sus posiciones de enunciación, es que *Los Mandarines* fue publicada 5 años después que *El Segundo Sexo* (1949), y *La Invitada* se publicó en 1943). De todos modos, en esta ponencia apenas menciono estos aspectos, pero no desarrollo un análisis integral de la obra de la escritora francesa.

Por otra parte, Oliver se sumerge explícitamente en una atmósfera sensual especialmente en varios pasajes del tercer tomo. Al relatar su estadía en un Washington muy caluroso, subraya el contraste entre las insulsas mujeres norteamericanas de clase alta “inmunes a las condiciones atmosféricas como merengue de postre en vidriera” (2008: 162), por lo cual anhela “ver una de esas mujeres de pueblo, de origen latino o levantino, gordas, tetudas, panzonas y hasta bigotudas, a las que el amor, la maternidad, el llanto, la risa, y el placer de comer han moldeado”. (2008: 162). Más adelante, hay un pasaje donde describe al conductor del ómnibus que la traslada por Nueva México: “ni en la más espectacular película del Far West se atreverían a presentar un cow-boy tan espectacular. Espigado, de hombros amplios en la camisa a cuadros, cintura flexible ceñida por un ancho cinturón de cuero, y aún más ceñidos sus muslos lisos en unos pantalones de cabritilla tan inmaculadamente blanca (...) aunque al contrario de un actor parece no tener la menor conciencia de la regularidad de sus rasgos, del brillo de sus ojos claros, de su juventud radiante (...) Cuando le agradezco su ayuda, se quita por primera vez el sombrero, se inclina ceremoniosamente y me besa la mano.” (2008: 329 y 332).

Si en *Los Mandarines* la ausencia del cuerpo es paradójica, ya que en sus trabajos teóricos Beauvoir arma (y desarma) un andamiaje teórico filosófico alrededor del cuerpo –más específicamente, de la asunción del propio cuerpo-, en la autobiografía de Oliver la omisión del tema del cuerpo es particularmente sintomática puesto que debió haber tenido que elaborar particularmente **este** tema, como problema específico, dado que tuvo poliomelitis a los 10 años, por lo cual no pudo caminar por el resto de su vida. En este sentido, esta ausencia podría interpretarse también como la continuidad de su posición de enunciación: se sitúa en el mundo como luchadora, mujer moderna –libre de los estereotipos de género y de clase, que podría haber heredado de su propia clase social: este desplazamiento es explícito e incluso nodal respecto de su posición de enunciación- pero jamás como “víctima”. Se sabe privilegiada (por su clase social de origen) y desde ahí lucha contra los privilegios de toda índole (de clase, de género, de raza, de nacionalidad). La única mención al respecto, aparece en el relato de sus padeceres corporales (que habrán sido múltiples y a lo largo de toda su vida) derivados de su enfermedad, en el primer tomo, donde narra los primeros síntomas de la poliomelitis, y los viajes a Europa para consultar a médicos especialistas en la enfermedad.

Es decir que cuando aparece el propio cuerpo, lo hace fugazmente, y sólo porque duele, incomoda. Creo que esta “ausencia” del cuerpo como espacio posible del erotismo podría tener que ver con el hecho de que ese tema ingresa en la agenda de los feminismos recién en los años 60’ como tema explícito –con el impulso, precisamente, de *El Segundo Sexo*-, pues antes de eso, incluso entre las feministas, el sujeto “mujer” aparece más definido en términos

del individuo masculino del liberalismo burgués (abstracto y racional). Es decir: para participar en el mundo público (como escritora, feminista, etc) la mujer se debe identificar con ese individuo universal proyectado por el liberalismo burgués. Siguiendo esta línea de análisis, podría ser un “anacronismo” interrogar la escritura de Oliver respecto del cuerpo. Creo que de todos modos puede tener sentido, porque Oliver, como militante feminista y pacifista y como mediadora cultural en diversas redes intelectuales, internacionales, antifascistas, contaba con muchísima información y lecturas respecto de la “problemática de la mujer”, tal como se nombra en sus libros. Además, Oliver escribió los tres tomos en las décadas del 60’ y 70’ (publicados en 1965 y 1969 los dos primeros, y el último escrito en 1977 y publicado póstumamente en 1981).

Aparte, hay referencias laterales a la cuestión sexual, que explícitamente eluden, *haciendo presente*, la propia experiencia. Su autofiguración, basada en la picardía y la ironía, promueve lecturas múltiples, y desde allí dispara una crítica incisiva y punzante al estereotipo del “macho” (sic) (“latin lover”) por encima de las nacionalidades. También en el tercer tomo, relatando su viaje por Estados Unidos, dice: “[los norteamericanos] buscaban comprendernos leyendo libros titulados ‘Conozca usted América Latina’; ‘Brasil, país del futuro’ (...) Generalmente en esos libros, respecto a nuestra way of life, se repetían al infinito las palabras ‘siesta’ y ‘fiesta’. Esta fantasía, debido a un México visto en fotocolor, no molestaba mucho a los latinos de Washington: a lo sumo los hacía sonreír; pero en cambio, fueron presa de una sorda y contenida irritación cuando en la revista femenina de mayor circulación entonces, apareció un artículo escrito por una mujer, titulado ‘Los latinos son pésimos amantes’ (Lousy era el adjetivo, intraducible). Como para calificar hay que comparar y para comparar se requiere pluralidad de referencias, reservé mi opinión al respecto pero me alegré de que, siquiera por una vez, a los que alardean de ‘machismo’ les cantaran ciertas verdades. Que les dijeran en público lo que en privado algunas de mis amigas norteamericanas me habían dicho: ‘Más que amante nos consideran un objeto que halaga su vanidad’. (...) En los primeros días de Washington no salía de mi asombro ante la facilidad –y la gratuidad- con que el norteamericano caía en las confidencias, casi diría confesiones, apenas los tragos le permitían comunicarse con una persona hasta ese momento desconocida. Me preguntaba si no sería por eso mismo, o por ser yo extranjera o porque debido a mi condición me creían a resguardo de esos avatares.”(2008: 170 y 171).

Por otra parte, la ausencia del cuerpo en los relatos autobiográficos ha sido señalada por algunxs autorxs, poniendo el énfasis en la estructuración liberal de las cualidades que definen a cada sexo, muy claramente expuestas a partir del libro *Emilio. O de la Educación* de Rousseau, y por lo cual los varones quedarían habilitados a participar en la esfera pública, ámbito de la abstracción, la universalidad, la objetividad, la racionalidad y el autodomínio,

mientras que las mujeres quedarían excluidas (y luego, incluidas pero en forma subordinada), ya que lo femenino queda homologado con la naturaleza, las pasiones, la maternidad, lo concreto y las determinaciones corporales. Esta especie de “somatofobia” (Amícola, 2007; Arfuch, 2013), es especialmente llamativa en el caso de Oliver, y creo que forma parte de su particular acomodación en el sistema masculino de representación. También se podría interpretar, siguiendo a Silvia Molloy como una “táctica de represión” (o sea, aquello que no se puede contar).

Oliver, además, enfatiza su desinterés por lo que tenía que ver con participar en los bailes y demás ceremonias sociales para encontrar un novio “de buena familia”, en las que sí participaban sus hermanas, y en general, con todo lo vinculado a los mandatos sociales para las mujeres referidos a casarse y tener hijos (Becerra, 2013). Es decir, se plantea una paradoja que es la siguiente: el yo narrativo busca construir una autofiguración basada en la idea de “mujer emancipada” –libre de los mandatos referidos al encierro doméstico y la maternidad como destino único de las mujeres-, y convengamos en que es una imagen pública “exitosa”. Pero a la vez, emprende esa búsqueda contraponiéndose a los canones tradicionales de la construcción liberal de los sexos, que suponen una relación mucho menos mediada de las mujeres en la narración de sus afectos y de su relación con el cuerpo. Entonces, al oponerse a esa estructuración, se identifica con el sujeto masculino burgués, neutro, abstracto, lo que la lleva a silenciar ad hoc el mundo corporal, y ahí, en esa omisión, es donde queda enredada, justamente, de las formas dominantes, es decir, masculinas, de legitimación de la propia voz narrativa.

Aquí la pregunta que cabe es: qué alternativas tenían las mujeres escritoras de principios/mediados del siglo XX para oponerse/resistir/deslizarse de esa estructuración liberal de la (auto)representación de los cuerpos? Me refiero a la posición de enunciación que Richard (1994) llama “femenina”, es decir, desde un lugar marginal, subordinado, invisibilizado, etc, desde el cual podría nombrar su propio cuerpo, es decir, partir de una representación de sí misma como sujeto corporal -y no por ello caer en el naturalismo o en la referencialidad-. Lo que Beauvoir llama “el cuerpo como situación”. Y en ese mismo acto podría desmarcarse, desidentificarse tanto del sujeto masculino descorporizado, como de la representación hegemónica esencialista de “la mujer”, cuya relación con el cuerpo –y consecuentemente con la maternidad- sería “directa”, “natural”, sin mediaciones.

En segundo lugar, este despliegue de actos de resistencia, distancia e impugnación de Oliver encuentra su límite en la propia escritura de su autobiografía, en el sentido de que, como

veremos, Oliver reproduce los canones de legitimación dominantes de la escritura autobiográfica de la época. Es decir que estas resistencias al status quo, desplegadas intensamente por Oliver en el plano político, tienen su límite en el plano estético, aunque esta diferenciación obviamente sólo tiene fines analíticos, ya que ambos niveles están siempre imbricados de formas diversas.

Esta reproducción de los canones de legitimación hegemónicos respecto de la *forma* del relato, es visible en tres aspectos: en primer término, la búsqueda de Oliver por representar lo más “fielmente” posible los hechos, bajo la ilusión de referencia. Es decir que la escritora trabaja desde una idea **referencial** del género autobiográfico, siguiendo los códigos de legitimación dominantes, que postulan la mayor **correspondencia** posible entre la narración y los hechos vividos.

En segundo término, la linealidad del relato a través del cual construye su autofiguración, y en tercer lugar, el sentido teleológico que va armando la narración. Creo que estas 3 estrategias narrativas (referencialidad, linealidad y teleología), que se mantienen en el esquema de los términos masculinos de validación discursiva, también se corresponden –valga la redundancia- con la posición de enunciación de Oliver, basada en la idea liberal de un sujeto neutro, universal, masculino, descorporizado. Así, Oliver va construyendo su figura pública, la que desea proyectar en el campo cultural y político del cual forma parte. Entonces, y a diferencia de los relatos autobiográficos del siglo XIX (Molloy, 1996: 197)- si bien Oliver desliza reflexiones acerca de la complejidad y confiabilidad del trabajo de la memoria –que es otro modo de interrogarse acerca de la distancia entre el tiempo narrado y el tiempo presente de la escritura-, estas preguntas son “resueltas” en pos de “un” sentido general:

“(…) si bien ahora ciertos hechos no me causarían la misma emoción que en su momento me causaron, no es porque mi sensibilidad haya variado sino porque la dinámica de la vida y de la historia ha modificado mi criterio. Sin desviarlo, así lo creo, de las convicciones que nos hacen optar por lo que da un sentido y un derrotero a la existencia.”(Oliver, 2008: 51)

Entonces, los límites de su fuerte resistencia a la naturalización de la desigualdad (de clase y de género) están en la propia escritura autobiográfica, que, por otra parte, es precisamente la forma que encuentra Oliver para nombrarse a sí misma, en la esfera pública, como una luchadora (feminista y antifascista). Se puede reformular entonces la paradoja que planteé anteriormente: la instancia de la escritura autobiográfica por un lado, le permite construirse una identidad resistente a los mandatos de género y clase, una autofiguración que la ubica en el campo político y cultural argentino como una escritora comprometida y militante, y es

también un gesto de resistencia frente al hecho de ser narrada por otros, pero a la vez, esa misma instancia es lo que escenifica los límites de esas luchas: en esa *forma de contar*, que reproduce los códigos de legitimación dominantes para el género autobiográfico, se produce determinado significado, y, siguiendo otra vez a Barthes, es precisamente *la forma* del relato lo que produce significado. En otros términos, los límites de su mirada crítica estarían precisamente en las estrategias discursivas presentes en la construcción de su propia autfiguración, que realiza, que pone en acto, a través de la escritura de su autobiografía.

Conclusiones

Oliver arma un relato de sí misma como reflejo ajustado de su experiencia de vida, es decir, con un sesgo testimonial, y le adjudica a la niña Oliver la mirada crítica que se continuaría linealmente en la adulta, en la que se define antifascista y escribe sus recuerdos. Así construye una identidad lineal y centrada, que busca explicar(se):

“Ahora, al hilar mis recuerdos, quizá pueda entender por qué (...)” (Oliver, 2008: 346). Este hilado que nombra Oliver va resultando en su propia identidad, como escritora, feminista, antifascista. Entonces, es factible interpretar la escritura de su autobiografía, la narración de sí misma, como un acto de resistencia frente a la exclusión/subordinación, es decir, frente al hecho de ser narrada por otros. Frente a la exclusión/subordinación de las mujeres en la esfera pública, Oliver integra en una misma estrategia la aceptación del lugar asignado por su familia, con una posición pública de antagonismo frente a los criterios de respetabilidad dictados por su clase social y para su sexo. Y como plantea Gramsci, esta combinación de aceptación y enfrentamiento está en la base, al decir también de Josefina Ludmer (1984), de todas las tácticas de resistencia. De este modo, Oliver (se) construye una identidad resistente a dichos mandatos.

Asimismo, los límites que la sociedad patriarcal establece para el ejercicio de determinados derechos según el sexo, y la consiguiente exclusión/subordinación de las mujeres en la esfera pública, son cuestionados por Oliver por un lado, a través de la publicación del relato de su vida, dándose su propia voz, y por otro a través de una presencia en la esfera pública, que le permite construir lazos políticos, y en esa vinculación política va tejiendo un “mundo” que, parafraseando el título de su primer tomo, excede “la casa”. A través de estas diversas formas, se posiciona desde la esfera pública para “desbrozar el camino” (Oliver, 1969: 361) hacia la producción de una ciudadanía que incluya a las/os que, según su relato, desde pequeña registra como excluidas/os y/o subordinadas/os de un orden social al que caracteriza como “despiadado y fraticida” (Oliver, 1969: 364).

Pero además, para las mujeres no se trataba sólo de *ejercer* la libertad de luchar por sus derechos, de narrarse a sí mismas y darse voz propia, sino, antes bien, de *conquistar* una libertad que les estaba vedada por ley. Esa conquista, de la cual da cuenta el relato de Oliver, se vincula con una apuesta por la autonomía y la emancipación humana, tarea que Oliver reconoce como intrínsecamente intersubjetiva. En su particular momento histórico, Oliver traduce esa apuesta en el relato de sus luchas contra los fascismos, y, más ampliamente, contra todas las formas de autoritarismo y discriminación que va registrando en el camino de “hilado” de sus recuerdos. En este sentido, en su cosmovisión, la lucha contra los fascismos español y alemán es inescindible de sus luchas como feminista.

Entonces, si bien se ha señalado que la autobiografía de Oliver está “anclada en una visión instrumental del género [autobiográfico]” (Catelli, 2007: 191), a su vez, documenta formas de autorepresentación de las mujeres que, por su procedencia de clase, contaban con herramientas simbólicas que les permitían desplazarse de lo que se esperaba socialmente que debía “ser” una mujer. La autobiografía de Oliver podría ser una forma de elaborar estas contradicciones, a partir de las luchas feministas por la igualdad. Asimismo, las luchas antifascistas relatadas por Oliver constituyen un ejercicio de la política, por parte de las mujeres, en la esfera pública. Este ejercicio es en sí mismo un acto de afirmación identitaria, pues contribuye a proyectar sus voces más allá del espacio doméstico, y a escribir sus propias historias. Se trata así de la resignificación que pudieron desplegar algunas mujeres acerca de las representaciones hegemónicas que afirman su dependencia a los varones, a través de una combinación de estrategias de negociación, impugnación y resistencia.

Y sin embargo, los límites de estas resistencias están dados por la forma del relato autobiográfico, es decir, la autofiguración que proyecta Oliver funciona, produce significado, precisamente en la forma de la narración de sus recuerdos, a través de la reproducción de los canones de legitimación de los escritos autobiográficos. Entonces, la fidelidad a su época es visible efectivamente *allí* donde la escritora Oliver quería: en esa búsqueda de correspondencia entre el relato y los hechos narrados, pero no porque exista mayor o menor correspondencia entre ambos registros –ese análisis no es objeto del presente trabajo–, sino por la misma **pretensión de correspondencia**, como forma de acreditar la realidad de lo histórico.

Es allí, en esa reproducción del modo representacional hegemónico en el momento de la escritura autobiográfica, en donde Oliver permanece “fiel” a su época histórica. Esta forma de representación de sí –referencial, y además basada en la linealidad y la teleología– a su vez,

funciona desde una posición de enunciación que se identifica con la voz autorizada socialmente: la posición masculina, racional, universal, abstracta, descorporizada, a quien le está permitido participar en la esfera pública. Esa voz, que representa al sujeto burgués liberal, es la que en este caso viene a representar a un cuerpo que, desde un “cuarto propio” es capaz de desmarcarse de la estructuración binaria de lo público y lo privado, y puede expandir y multiplicar las luchas antifascistas, pacifistas y feministas en diversas latitudes y en las diversas clases sociales, pero no puede –no debe- llegar al límite de representarse a sí misma nombrando –delimitando un espacio y un tiempo para- un cuerpo propio.

Para terminar, retomando la disyuntiva propuesta por Nelly Richard para pensar estrategias de oposición, desde el análisis de la autobiografía de Oliver, es decir, de la autorepresentación posible para las mujeres en los inicios y mediados del siglo XX en la Argentina, creo que la escritora se sitúa en determinada posición (masculina) de representación (de sí, es decir, de su propio cuerpo), partiendo de determinada concepción de sujeto (abstracto, racional). Y esa posición de enunciación le permite intervenir como voz autorizada, legítima, en la esfera pública. Es decir, ejercer cierta forma de agencia. En este sentido, podría ser una forma particular de asumir esas contradicciones, que le permite deslizarse por las fisuras abiertas en ese discurso liberal burgués, descorporizado y por ende desafectivizado, para contar una historia cargada de afectividad, pero cuya voz se viste, se (auto)representa en masculino.

Bibliografía

- Amícola, José (2007) *Autobiografía como autofiguración. Estrategias discursivas del Yo y cuestiones de género*, Rosario / La Plata, Beatriz Viterbo Editora / CINIG.
- ARFUCH, Leonor (2013): *Memoria y autobiografía. Exploraciones en los límites*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

- Becerra, Marina (2013): “Maternidad y ciudadanía en la Argentina de principios del siglo XX: un análisis de la autobiografía de María Rosa Oliver”, en *A Contracorriente. Revista de Historia Social y Literatura de América Latina*, Vol. 10, nro. 2, invierno de 2013, North Carolina State University, Estados Unidos, pgs. 202 – 218.
- Butler, Judith (2004) *Lenguaje, poder e identidad*, España, Editorial Síntesis.
- Butler, Judith (1996) “Variaciones sobre sexo y género: Beauvoir, Wittig y Foucault.” en: Marta Lamas (Editor). ***El Género: la construcción cultural de la diferencia sexual***. Porrúa/Universidad Nacional Autónoma de México, México.

- Beauvoir, Simone, (1986) *Los Mandarines*, Edhasa, Buenos Aires.
- CATELLI, Nora (2007): *En la era de la intimidad*. Rosario, Beatriz Viterbo.

- DE MAN, Paul (1991): “La autobiografía como desfiguración” En *La autobiografía y sus problemas teóricos*, Barcelona, Ed. Anthropos, Suplementos 29, 113 – 118.

- LUDMER, Josefina (1984): “Tretas del débil” En Patricia González y Eliana Ortega (eds.), *La sartén por el mango. Encuentro de escritoras latinoamericanas*. Río Piedras, Ediciones Huracán, 47 – 55.
- MOLLOY, Sylvia (1996): *Acto de presencia*. México, Fondo de Cultura Económica.
- _____ (2006): “Identidades textuales femeninas: estrategias de autofiguración”. *Mora*, 12, 68 – 86.

- OLIVER, María Rosa (1995): *Mundo, mi casa*. Buenos Aires, Ediciones de La Flor.

- _____ (1969): *La vida cotidiana*. Buenos Aires, Sudamericana.

- _____ (2008): *Mi fe es el hombre*. Buenos Aires, Biblioteca Nacional.
- Richard, Nelly (2009): “La crítica feminista como modelo de crítica cultural”, en *Debate Feminista*, México, año 20, vol. 40.
- Richard, Nelly (1994) “¿Tiene sexo la escritura?”, en *Debate Feminista*, México, año 5, vol. 9, Marzo de 1994, pgs. 127 a 139.